

BOLÍVAR

Ana Figueroa, la profesora pemón que es abono de su tierra

MINERVA VITTI*

En San Antonio de Roscio, una comunidad indígena pemón ubicada entre el kilómetro 24 y 41 de la Troncal 10, que conecta a Venezuela con el norte de Brasil, una profesora intercultural bilingüe lucha por arraigarse a su cultura a través de la educación y el trabajo del conuco, mientras padece en su propio cuerpo y familia la expansión de la minería aurífera



ANA DICE QUE SU CARGO ETERNO ES SER PROFESORA. FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

Las matas de plátanos parecen infinitas. Sus hojas anchas, verdes, plegadas, lo ocupan todo. En la poca tierra descubierta dos niños se inclinan para sembrar mientras otro descansa con las piernas abrazadas. Muy cerca de ellos, de espaldas, está Ana Mercedes Figueroa, 44 años, mirando unos brotes. En la cara de la tierra se intuyen las raíces de ají, ocumo, ñame, pepino.

—Mi hermano, que es ingeniero agrónomo, me dijo que en tres meses tendríamos pepino y así fue y comimos mucho, mucho, mucho pepino— comenta esta mujer de la etnia pemón y profesora intercultural bilingüe sobre el *umö* (“conuco” en pemón *arekuna*) que están trabajando en su comunidad San Antonio de Roscio, en el estado Bolívar, Venezuela.

Mientras su familia siembra, Anita —como le dicen por cariño— es la encargada de prepararle las comidas. Después se abandona en un chinchorro que tiene en el conuco, como si su propio cuerpo fuese un terreno, que tras dos o tres años de siembras continuas, debe ser dejado en barbecho para que descanse y recupere su fertilidad. Parte de su cansancio proviene de casi cuatro años de trabajo dentro de la directiva de su comunidad, primero como secretaria y luego como capitana, cargo del que fue removida con solo un año de gestión por acusaciones que nunca pudieron comprobar. El resto de “estar luchando en el día a día para el sustento de la familia”, sin ser minera y con un salario de profesora universitaria de apenas 18 dólares mensuales.

Mecerse en el tejido abierto del chinchorro, circundada por el follaje de los grandes árboles, la acerca a los conocimientos agrícolas que una vez le transmitió su padre. También la ayuda a protegerse, al menos un

poco, de las plagas que perjudican directamente lo sembrado en su propio cuerpo-territorio.

LA FERTILIDAD DEL SUELO

Ana Mercedes Figueroa nació el 18 de noviembre de 1979 en El Dorado, una localidad del municipio Sifontes del estado Bolívar. Como cumplía años el Día Nacional de la Alimentación, en la escuela se lo celebraban con un compartir de frutas y torta. Ella es la menor de cuatro hermanos nacidos en Ikabarú. Sus padres, Evelia Fernández y Marcos Figueroa, eran oriundos de la zona de Kavanayén.

La diversidad de lugares en donde nacieron los miembros de la familia Figueroa Fernández da cuenta del territorio ocupado por el pueblo indígena pemón, “gente que habla la lengua”, no menos de 85.000 km², abarcando los diferentes hábitats del centro y sureste del estado Bolívar, así como áreas vecinas del Esequibo/República de Guyana y de Brasil. La etnia pemón —subdividida en tres grupos: *arekuna*, *kamarakoto* y *taurépan*— forma parte de los 52 pueblos indígenas que existen en Venezuela (aproximadamente un millón 500 mil personas) y según el censo de población y vivienda de 2011, son la cuarta más numerosa del país, con 30.148 personas.

Uno de los hermanos de su padre, Carlos Figueroa, reconocido líder pemón, fue quien ayudó a organizar a las familias que vivían en pequeños caceríos para que juntas formaran la comunidad de San Antonio de Roscio, especialmente por la fertilidad de la tierra, la abundancia de cacería y pesca “ahí mismito en el patio de la casa”, y porque para ese momento el primer gobierno del pre-



ANA DURANTE LAS VISITAS A LAS COMUNIDADES ADYACENTES A CANAIMA.
FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

sidente de Venezuela, Rafael Caldera, estaba otorgando viviendas rurales a las comunidades que se estaban organizando. Posteriormente, como necesitaban una escuelita y una maestra, el tío Carlos mandó a buscar a su hermana, Alejandra Figueroa, que era maestra en Ikabarú. Detrás de ella llegó su madre —la abuela Mercedes— y detrás de ella los otros hijos, incluido el padre de Ana. De aquella época su familia le cuenta que al salir de la escuela debían ir al conuco y que si no lo hacían tenían que aguantar la picadura de la hormiga *kuyuk*.

—Eso tiene sus efectos para que seas un niño y adolescente activo. Lo utilizan como una medicina natural por así decirlo. Nadie va a querer que lo pique un insecto, eso es terrible, entonces para no aguantar eso tenías que ir al conuco— relata esta diosa robusta, de ojos rasgados, piel canela y cabellos que caen en ondas a unos centímetros por debajo de sus orejas, lo que vivieron en carne propia sus hermanos— No es el teléfono, el WhatsApp, la cancha de fútbol de ahora, en aquellos tiempos la infancia era muy diferente.

De su madre recuerda que, tras la muerte de sus padres a los nueve años, fue ingresada en el internado de monjas de Kavanayén y allí aprendió a leer y escribir; y de su padre que, al ser el penúltimo hijo de ocho hermanos, producto de la unión entre la abuela Mercedes y el abuelo Figueroa, —porque también llegó a tener otros cinco medio hermanos por parte de su padre— no tuvo acceso a la educación.

—La abuela Mercedes decidió que mi papá fuese el único de sus hijos que no fuera a la escuela, él sería “su mano derecha en el conuco y la cacería, su vida iba a ser netamente indígena”. Es por eso que papá sabía

hacer *tumá* (sopa típica pemón que contiene presas de cacería, aves o pescado, *kumachí*¹ y ají fresco y que simboliza la “olla donde comen todos”), *kata* (sopa a base de *kumachí*, masa de yuca cernida para espesar el caldo, pescado y, en algunas ocasiones, se le agregan termitas), extender casabe, rallar yuca. Aprendió todos esos procesos que son trabajos de una mujer indígena pero a él no le daba pena hacerlo.

En la casa de Ana siempre había plátanos maduros por racimos, cambur, casabe preparado por su madre y presa cazada por su padre (áves silvestres, dantos, venados, chácharos).

—Yo no tengo ese recuerdo que diga mi papá me hizo pasar hambre.

Pero a pesar de toda esta abundancia proveniente de la sabiduría y el trabajo indígena, su padre les decía que el conuco era muy agotador físicamente.

—“Si no quieren aguantar el sol del día, todos los días, todo el año, toda una vida, como padre yo los apoyaría para que realicen una educación formal, los puedo dejar con conocidos o desconocidos, pero siempre tendrán mi apoyo incondicional para que puedan prepararse y una vez que lo hagan se vienen a la comunidad. No es que se van a quedar por allá con sus conocimientos, tienen que venir para que fortalezcan a su comunidad”— la lideresa recita las palabras de su padre.

Otra cosa que les repetía el señor Marcos Figueroa, tanto a ella como a sus hermanos, era que la minería no era vida para el indígena, por eso la familia nunca sintió la necesidad de vincularse con esta actividad.

Cuando Ana cumplió diez años la trasladaron a Ciudad Bolívar para continuar sus estudios. En ese entonces ya dominaba perfectamente el pemón arekuna porque su madre siempre le hablaba en ese idioma. El mismo destino tuvieron sus hermanos, desperdigados en Ciudad Bolívar (estado Bolívar), Anaco (estado Anzoátegui) y Sabaneta (estado Aragua). Todos retornaban a la comunidad en las vacaciones escolares.

Faltando pocos meses para que Ana terminara el bachillerato murieron sus padres. Primero su madre por un cáncer de matriz y ocho meses después su padre.

—Ahí perdí el sentido, me repetía ¿para qué voy a estudiar si mi papá ya se murió?, él no va a estar en ninguna de mis graduaciones. Era como si yo estuviera estudiando para darle una satisfacción, para que se sintiera orgulloso de sus hijos— relata Ana con la voz entrecortada y sus ojos puestos en el recuerdo de aquellos cinco conucos familiares que sin las manos de su principal cuidador fueron tragados por el bosque.

EL ENCUENTRO CON LA PLAGA

En la sala de la casa de los Figueroa Fernández hay cuatro retratos colgados donde aparecen los cuatro hijos

con sus títulos en las manos: tres egresados en educación intercultural bilingüe de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) —Fátima, Tulio y Ana— y un ingeniero agrónomo —Mario—. Junto a ellos está la fotografía de sus padres y las de algunos familiares. Ana dice que es un modo de rendirles homenaje pues siempre les insistieron que debían prepararse y estudiar para ayudar a su comunidad.

En abril de 2015, Ana quedó electa como secretaria en las elecciones de las autoridades indígenas de San Antonio de Roscio. No entendía por qué su nombre estaba escrito allí pues se sentía bastante distante de la dinámica organizativa de la comunidad. Había dejado de asistir a las reuniones para no ver las confrontaciones y divisiones entre sus mismos parientes, todo aquello le generaba rechazo y miedo porque sabía que así hicieran las cosas bien siempre habría personas que se opondrían al trabajo.

Durante aquella gestión —que duró del 2015 al 2018— el problema de la minería aurífera se profundizó en su comunidad. Tuvieron que crear la seguridad comunal porque los grupos armados irregulares, denominados sindicatos, los estaban cercando y querían invadir algunas de las minas gestionadas por los propios indígenas. En medio de este contexto la lideresa vivió cuatro experiencias muy fuertes.

La primera ocurrió en julio de 2017 cuando asesinaron a Domingo Pérez, indígena pemón de 24 años. Pérez vivía en la entrada de la mina de El Chivao y tenía una radio comunicación por la que informaba a la comunidad de San Luis de Morichal, su cuerpo fue encontrado en las riberas del Kuyuní, a la altura de la comunidad de Paruruaka.

—La amenaza era para San Luis de Morichal pero al asesinar a Domingo, oriundo de San Antonio, se equivocan. El propio pran de El Dorado reconoció que lo mató y le tiró quince gramas de oro a la esposa para que comprara la urna.

En San Antonio de Roscio se organizaron para recoger los alimentos y medicinas de las veintidós comunidades del Sector 4 del pueblo pemón que se solidarizaron, y llevarlas a San Luis de Morichal en un helicóptero militar, porque los indígenas estaban amenazados y no podían trasladarse hasta El Dorado.

—Los niños de esa comunidad jugaban a dispararse como los sindicatos, ese era su entretenimiento. Estuvieron casi dos años sin estudiar por el miedo a que regresaran los sindicatos.

Al año siguiente, ya hacia finales de su gestión como secretaria, en marzo de 2018, este mismo grupo armado desapareció al joven Óscar Meya, hermano del capitán de San Luis de Morichal, Omar Meya. Algunas mujeres indígenas lideraron el cierre de la Troncal 10 —carretera que comunica a Venezuela con Brasil.



LA INVASIÓN Y DESTRUCCIÓN DEL TERRITORIO INDÍGENA POR LA MINERÍA.
FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

—Yo no era quién para dar ese permiso de la tranca pero les dije que contaran conmigo en mi condición de mujer y madre de un hijo de 11 años— explica Ana que, por deseo de la propia comunidad, fue la encargada de explicar la situación y traducir a sus parientes ante las autoridades gubernamentales, y viceversa.

Transcurrió aproximadamente una semana de investigaciones y visitas de distintos entes gubernamentales a la comunidad. Un fin de semana se presentó el gobernador del estado Bolívar, Justo Noguera Pietri, en San Antonio de Roscio. En medio de la reunión algunos indígenas comenzaron a preguntar por la caja del CLAP². Un día después, Ana recuerda que encontró montones de cajas que contenían alimentos y juguetes. “Ay mami, mira lo que nos mandó el gobernador”, le dijo su hijo. La gobernación había enviado trescientas cajas de CLAP para San Antonio de Roscio y doscientas para San Luis de Morichal.

—Nosotros hicimos una protesta para reclamar a un ser humano, a Óscar Meya, no un juguete o una caja del CLAP. La hermana de Óscar puso la denuncia en el CICPC, porque yo vi el documento, y para ellos es un desaparecido más, un muerto más— denuncia la lideresa.

OTRA HERIDA EN LA CARA DE LA TIERRA

Mientras Ana fue secretaria de la capitanía de San Antonio de Roscio, de cien reuniones solo faltó a tres. Cuando le dijeron que la elegirían como capitana por su entrega a la comunidad recuerda que respondió: “Eso no es un trabajo fácil, eso enferma”.

La profesora asumió el cargo de capitana en mayo de 2018 y a pesar de no estar vinculada directamente con la minería, tuvo que seguir cobrando el aporte proveniente de esta actividad que ya habían establecido las directivas anteriores. Constantemente recordaba a su padre diciéndole que no quería que vieran la minería como un trabajo para sustentarse por el resto de sus vidas, porque era muy peligroso, ocurrían accidentes y deterioraba el ambiente.

—Mi perfil de egresada en Educación Intercultural Bilingüe me dice que yo debo defender mi ambiente, mi territorio, pero como en San Antonio de Roscio todo giraba en torno al oro, me veían como la capitana que manejaba el oro.

Durante los primeros meses de su trabajo como capitana, Ana vivió las otras dos experiencias fuertes que impactaron su vida: la primera ocurrió en junio de 2018 con la desaparición de Antony Martínez (22 años) y la segunda en agosto de 2018 con el asesinato de Joel Rodríguez Montilla (17 años), ambos eran jóvenes de San Antonio de Roscio. A Joel lo encontraron con un disparo en la frente, lanzaron su cuerpo en las orillas del río Chicanán, en el puerto de San Luis de Morichal, se presume que fue durante un enfrentamiento con los grupos armados irregulares. Mientras que Antony tiene cinco años desaparecido y “dicen que lo tienen como un rehén en El Dorado”.

—Yo les decía a los jóvenes indígenas de la comunidad que se querían armar [portar armas] que ese no era el camino. Ellos decían que con sus vidas iban a defender sus territorios, pero lo hacían igual que esos grupos— Ana comienza a llorar— Esa era la amenaza.

Del mismo modo, comenzaron los problemas con algunas familias indígenas que autorizaban a mineros brasileños para que ingresaran en sus terrenos y practicasen la minería. Recibían el aporte ellos mismos y no daban cuenta a la capitana. Los brasileños les pagaban con motosierras, desmalezadoras, refrigeradores, motores fuera de borda, casas de madera, plantas eléctricas. Hasta la puerta de Ana habían llegado los mismos mineros, desplazados de San Luis de Morichal, pidiéndole terrenos para trabajar en las minas. En otra ocasión unos mineros no indígenas le pidieron autorización para abrir una vía —que justamente pasaba por un conuco— a una de las minas. En ambas situaciones, la respuesta de la capitana fue un no rotundo y de aquello quedó registro en las actas.

A medida que avanzaba su gestión escalaban los conflictos relacionados con el uso de los aportes provenientes de la actividad aurífera. Un día la comunidad hizo un revocatorio. Cuando expulsaron a Ana de la capitana solo había pasado un año desde su elección y sintió como si le sacaran un morral de encima. “Vamos a vivir del conuco que eso es lo que nos va dar el

alimento para la familia y los demás que se encarguen de investigar cuántos kilos de oro te robaste”, le dijo su hermana mayor al verla desconsolada.

La comunidad creó “una comisión de la verdad” que se abocó a investigar —fueron a cada uno de los dueños de máquinas para corroborar cuántas gramas de oro había recogido la capitana— pero nunca pudieron probar nada. Ninguno de los mineros mencionó el nombre de Ana Mercedes Figueroa.

—Hicieron las cosas al revés: primero el revocatorio y luego la comisión de la verdad. Pero hasta la fecha no existe ningún informe por parte de esa comisión que demuestre como cierta la acusación que hicieron en mi contra— explica la excapitana.

EL ORO NO SE SIEMBRA

Fueron tiempos duros para Ana y su familia, conformada por ocho miembros, entre hermanos, hijos, sobrinos, cuñados y nietos. Debían esperar la cosecha y se estaban quedando sin comida. La lideresa recuerda que con algunos salarios acumulados en la cuenta de su hermano profesor se fue para Tumeremo y compró tres kilos de cada cosa, los aliños para preparar los granos que traía la caja del CLAP y tres pepinos, porque a su hijo le gustaba mucho en la ensalada. Mario, el hermano agrónomo, recogió aquellas semillas y las sembró. Y como era temporada de lluvia, tuvieron una cosecha tan grande de pepino que pudieron intercambiarla por otros rubros.

Pero no todo podían resolverlo con la agricultura. Sus hijos necesitaban comer proteína que solo se adquiría en establecimientos que cobraban en oro. Lo mismo para el arroz, el azúcar, la pasta y la harina, e incluso para las comunicaciones y el Internet que se cobraba por puntos o milésimas de oro. Para más presión se acercaban los juegos intercomunidades, realizados cada dos años desde 1984 y de gran importancia entre el pueblo indígena pemón³, y su hijo y sobrinos necesitaban costear los uniformes deportivos y los traslados que costaban una grama y media de oro, por persona.

Mientras la familia de Ana se hundía en un terreno fangoso, en San Antonio de Roscio nuevamente revocaban a las autoridades indígenas por despilfarro de recursos y a algunos miembros de la misma directiva los nombraban en cargos superiores sin importar las acusaciones. La situación se repetía en otras comunidades indígenas donde algunas autoridades eran dueñas de bombas, autorizaban vías de penetración hacia las minas y permitían la entrada de grupos al margen de la ley.

—El mismo sistema de vida ha hecho que algunos dirigentes indígenas actúen como el malandro, perdiendo credibilidad ante sus miembros y el sentido de lo que era la lucha.



HERMANO JOSÉ MARÍA KORTA CON CAMILO BEBÉ. FOTO PAULO TEIA

Todo esto la afectaba emocionalmente y así como los agujeros de las minas se llenan de mosquitos que transmiten la malaria, en su propio cuerpo empezaron a aparecer las señales de destrucción en su propio territorio: sudaba mucho, respiraba entrecortado, la tensión se le bajaba, se mareaba todas las mañanas al levantarse. Ana no era minera pero la misma preocupación la obligó a trasladarse con su sobrino a las minas de San Martín de Turumbán. Era agosto de 2021.

A las pocas semanas de estar allá su sobrino se enfermó de celulitis en una de las manos tras un golpe en medio del trabajo. La uña se le puso negra y la sangre que se coaguló formó un absceso. El médico le indicó reposo absoluto. De las tres gramas que había encontrado en dos semanas: una fue para pagar un suplente y las otras dos para comprar sus antibióticos. Por otro lado, Ana nunca pudo trabajar, los mismos indígenas que la conocían le decían “profe, ¿usted va ir para allá?”, “profe, pero si allá no hay agua y hay que caminar mucho”.

A pesar de haber regresado con las manos vacías de las minas, los muchachos pudieron participar en los juegos intercomunidades en Maurak, gracias al apoyo de David, un amigo de Ana.

En 2022 Ana y su hermano Mario volvieron a las minas. Esta vez los juegos intercomunidades serían en San Antonio de Roscio, entre el 23 de agosto y el 3 de septiembre de 2023, y como vendrían algunos parientes, la familia quería construir un baño decente, una estructura para hospedarlos y un algibe de agua pero no contaban con recursos económicos.

Las primeras semanas de febrero Ana y su hermano estuvieron “sin ver ni un ojito de oro” y cuando al fin encontraron unas pocas gramas compraron comida para su familia. Finalmente la profesora se frustró y dejó la mina. Su hermana —quien la sustituyó en el trabajo como cocinera— y su hermano persistieron hasta diciembre sin ningún resultado. Mientras estuvieron en las minas abandonaron el conuco familiar por un año.

—Eso hoy lo estamos padeciendo, no tenemos buenas cosechas, porque el conuco amerita ser atendido todos los días. El pobre Mario está agotado, tiene un título como ingeniero agrónomo pero en la práctica es como si fuese mi papá que nunca fue a la universidad pero que siempre tuvo un conuco.

Pese a las dificultades, poco a poco han ido retomando el mantenimiento de los cinco conucos que les dejó su padre. En la siembra se han ido incorporando sus hijos y nietos. Actualmente tienen sembrado plátano, cambur, batata, ahuyama, yuca en todas sus variedades (dulce, amarga, para *kachiri*), ñame, lechosa, ají picante y ají dulce “que se dan gigantes”.

—La fortaleza de mi comunidad es la fertilidad de la tierra. El conuco definitivamente es la alternativa para la subsistencia de los pueblos, porque estamos en una zona minera, hacemos reglas para normar esa actividad, pero si no se tiene producción de qué sirve, estamos perdiendo tiempo porque en realidad la gente está pasando trabajo con la minería. Con el conuco sabes lo que sembraste y lo que vas a cosechar. Mientras que el oro no está sembrado— concluye la profesora con un tono aleccionador.

VOLVER A ESPARCIR LAS SEMILLAS

Ana es como una semilla silenciosa que poco a poco va abriéndose paso en la tierra hasta alcanzar la superficie. En octubre de 2022 le propusieron ser la coordinadora del Centro de Atención Canaima de la UPEL - Instituto Pedagógico Rural El Mácaro “Luis Fermín”, lo cual fue un reto porque debía trasladarse a esta comunidad, a la que solo se accede por vía aérea, cada mes. Esto pudo lograrlo gracias al apoyo del capitán de Canaima, Roberto Simón, que se comprometió con el trabajo que realizaría Ana en la formación de bachilleres y docentes de su comunidad. Durante esos viajes la profesora se ha sentido bendecida recorriendo las sabanas, ríos, cataratas, morichales de Canaima y otras comunidades

adyacentes como Playa Linda, Las Bonitas, San Francisco de las Babas y Taraipa.

Paralelamente a esta labor, en marzo de 2023, la eligieron como secretaria principal del consejo de ancianos de San Antonio de Roscio. Igual que la anciana *Akuwamari*, que favorece la germinación y los buenos tubérculos, Ana intenta poner de nuevo sus piedrecitas rojas entre las plantas de la yuca para ayudarlas a crecer; aunque a veces se encuentre con un suelo pedregoso y los cultivos tardan mucho tiempo para desarrollarse.

En 2023 su hijo Camilo (cuyo nombre en pemón es *Wadara* que significa guacamaya) se graduó de bachiller. Como los hermanos Figueroa tendrá que irse de su comunidad para continuar sus estudios. La profesora se pregunta dónde encontrará los recursos económicos para apoyar a su hijo en esta nueva etapa y cómo continuará su propia maestría detenida por la misma precariedad. No obstante, el hecho de que su hijo haya culminado los estudios, en un contexto de graves deficiencias educativas y migración hacia las minas, representa un gran alivio.

Cuando la tierra parece deslizarse entre sus dedos y aparecen en su rostro las señales del cansancio, el sudor, la respiración entrecortada y los mareos, la lideresa recuerda al hermano jesuita José María Korta, bautizado entre los indígenas como *Ajishama* ("la garza que muestra el camino hacia la salvación" en yekuana) y fundador de la Universidad Indígena del Tauca, a quien conoció cuando estudiaba con una beca en la Universidad Católica Andrés Bello de Ciudad Guayana, sin saber si ejercería porque aquella Ana lo que deseaba era vivir en una churuata cerca de un río, con un patio lleno de plantas de yuca y un montón de hijos.

—Él me decía "Ana, tu tienes el privilegio de ser indígena y ser mujer. Te corresponde defender, difundir, promover, rescatar todo lo que es tu cultura pemón". Él fue el que me animó a lo que he sido en esta trayectoria. A mi no me hace falta ser capitana para traducir y defender a mis hermanos. Mi cargo eterno hasta que yo me muera, si Dios me lo permite, es ser profesora— dice con la confianza que le da conocer las características del terreno, tener la voluntad de trabajarlo y contar con los conocimientos para actuar sobre él. Aunque a veces los medios no alcancen.

NOTAS:

- 1 Salsa preparada a base de yare de la yuca que lleva más de doce horas de cocción hasta que se torna de un color negro o marrón oscuro.
- 2 El Comité Local de Abastecimiento y Producción (CLAP) es un programa de distribución de algunos alimentos básicos importados promovidos por el gobierno de Venezuela desde el año 2016. Ha habido denuncias de ser un mecanismo politizado que excluye a personas que no apoyen al gobierno. Además de distintas denuncias por temas de corrupción, retrasos en distribución, y mala calidad de los alimentos que incluso pueden llegar vencidos.
- 3 Actualmente participan 65 comunidades del pueblo pemón y se reúnen alrededor de 6.000 atletas.

*Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas, justicia socioambiental y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **ab**Ediciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).